

he descrito. Volvieron á aparecer el café y las pipas con la profusion propia del Oriente, y pronto se llenó la estancia de una humareda tal, que no veíamos á lady Stanhope sino al traluz de una atmósfera semejante á la atmósfera mágica de las evocaciones. Habló con la misma energía, con la misma gracia, la misma facundia; pero con infinitamente ménos énfasis y misterio que cuando estaba sola conmigo, sobre asuntos ménos sagrados para ella.—Supongo, me dijo de pronto, que es vd. aristócrata; no lo dudo al verle á vd.—Se engaña vd., milady, le respondí. No soy ni aristócrata, ni demócrata; he vivido bastante para ver las dos caras de la medalla del hombre, y para hallarlas tan vanas una como otra; no soy ni aristócrata, ni demócrata; soy hombre, y partidario esclusivo de todo lo que puede mejorar y perfeccionar al hombre todo entero, ya haya nacido en lo alto, ya al pié de la escala social! No estoy ni por el pueblo, ni por los grandes, sino por la humanidad entera, y no creo que exista ni en las instituciones aristocráticas, ni en las instituciones democráticas, la virtud esclusiva de perfeccionar á la humanidad; esa virtud no reside mas que en una moral divina, fruto de una religion perfecta! ¡La civilizacion de los pueblos es su fé!—Verdad es eso, me respondió; pero sin embargo yo soy aristócrata á pesar mio, y vd. convendrá en que, si hay vicios en la aristocracia,

á lo ménos hay al lado de ellos altas virtudes para rescatarlos y compensarlos, al paso que en la democracia veo los vicios, y los vicios mas bajos y envidiosos; pero busco en vano las altas virtudes.—No es eso, milady, le dije; por ambas partes hay vicios y virtudes, pero en las altas clases, hasta esos mismos vicios tienen un lado brillante; en la clase inferior, por el contrario, esos vicios se manifiestan en toda su desnudez, y hieren mas el sentimiento moral en la mirada que los contempla; la diferencia está en la apariencia, y no en el hecho;—pero en realidad de verdad, el mismo vicio es mas vicio en el hombre rico, elevado é instruido, que en el hombre sin luces y sin pan,—porque en uno el vicio es de eleccion, en el otro, de necesidad:—despreciémosle pues, donde quiera, y mas aún en la aristocracia viciosa; y no juzguemos á la humanidad por clases sino por hombres; los grandes tendrian los vicios del pueblo si fueran pueblo, y los pequeños tendrian los vicios de los grandes, si fueran grandes! La balanza es igual, no pesemos.—¡Bien! será así, me dijo, pero déjeme vd. creer que es vd. aristócrata como yo; me seria doloroso creerle á vd. del número de esos jóvenes franceses que levantan la espuma popular contra todas las ilustraciones que han hecho Dios, la naturaleza y la sociedad, y que derriban el edificio para formarse, con sus ruinas, un pedestal para su envidiosa bajeza!—No, le dije, tran-

quilícese vd.; no soy de esos hombres; solo soy de los que no desprecian lo que esrá debajo de ellos en el órden social, aunque respetando siempre lo que está encima, pero cuyo deseo ó cuyo sueño seria llamar á todos los hombres, independientemente de su grado en las gerarquías arbitrarias de la política, à la misma luz, à la misma libertad y à la misma perfeccion moral! Y pues que vd. es religiosa, pues cree que Dios ama igualmente á todos sus hijos, y espera un segundo Mesías para enderezar todas las cosas, sin duda piensa vd. como ellos y como yo.—Sí, repuso; pero yo ya no me ocupo en política humana; ya he visto bastante, demasiado en los diez años que he pasado en el despacho de M. Pitt, mi tio, cuando todas las intrigas de Europa venian á resonar al rededor de mí;—jóven, he despreciado à la humanidad, y no quiero volver à oír hablar de ella: todo lo que hacen los hombres para los hombres es infructuoso, las formas me son indiferentes.—Y à mí tambien, le dije.—El fondo de las cosas es Dios y la virtud.—Esactamente, lo mismo pienso yo, le respondí, con que así no hablemos de ello, pues estamos de acuerdo.

Pasando á asuntos ménos graves, y bromeando sobre la especie de adivinacion que la hacia comprender á un hombre todo entero á la primera mirada y à la sola inspeccion de su estrella, puse su

sabiduría à prueba, y la consulté sobre dos ó tres viajeros conocidos mios, que en el discurso de quince años la habian visitado: admiróme la perfecta lucidez de su juicio sobre dos de aquellos hombres. Analizó entre otros, con una prodigiosa perspicacia de inteligencia, el carácter de uno de ellos, que yo conocia perfectamente, carácter difícil de comprender á primera vista, grande, pero velado bajo las mas seductoras apariencias de bondadosa vulgaridad; y lo que mas me sorprendió, y me hizo admirar mas la inflexible memoria de aquella muger, fué que aquel viajero no habia pasado mas que dos horas con ella, y que habian trascurrido diez y seis años entre la visita de aquel hombre y la cuenta que yo le pedia de la impresion que su vista habia producido en ella.—La soledad concentra y robustece todas las facultades del alma.—Los profetas, los santos, los grandes hombres y los poetas, lo han comprendido maravillosamente,—y á toda su naturaleza les hace buscar el desierto ó el aislamiento entre los hombres.

Como siempre, el nombre de Bonaparte ocurrió en la conversacion.—Yo creía, le dije, que su fanatismo de vd. por ese hombre pondria una barrera entre nosotros.—No he sido fanática, me respondió, mas que de sus desgracias y de compasion hácia él.—Y yo tambien, repliqué, de modo que tambien en eso estamos de acuerdo.

No podia yo esplicarme cómo una muger religiosa y moral adoraba la fuerza sola sin religion, sin moral y sin libertad! Bonaparte fué un gran reconstructor, sin duda; rehizo el mundo social, pero no se cuidó mucho de los elementos con que le recomponia; amasó su estatua con barro é interes personal, en vez de labrarla en los sentimientos divinos y morales, la virtud y la libertad!

Así se nos pasó la noche recorriendo libremente y sin afectacion por parte de lady Ester todos los asuntos que trae una palabra y se lleva en la conversacion á la ventura. Conocia yo que ninguna cuerda faltaba á aquella alta y firme inteligencia, y que todas las teclas del clave espedian un sonido entonado, fuerte y lleno,—escepto tal vez la cuerda metafisica, que un esceso de tension y soledad habia desentonado ó elevado á un diapason demasiado alto para la inteligencia mortal.—Separámonos con sincero sentimiento por mi parte y con muestras del mismo por la suya.

—Nada de despedida, me dijo, nos volverémos á ver muchas veces en este viage, y mas aún en otros viages que vd. no proyecta siquiera todavía. Vaya vd. á descansar y acuérdesse de que deja una amiga en las soledades del Líbano.—Presentóme su mano, yo puse la mia sobre mi corazon, á la manera de los árabes, y nos retiramos.

Al dia siguiente, á las cuatro de la madrugada, estábamos M. de Parseval y yo á caballo en la es

carpada pendiente que baja de su monasterio al profundo valle del torrente Belo; vadeamos sus aguas menguadas por los calores del verano, y empezamos á subir las altas montañas del Líbano, que separan á Djioun de Deir-el-Kammar, ó el convento de la Luna, palacio del emir Beschir, príncipe soberano de los drusos y de todas las montañas del Líbano. Lady Ester nos habia dado su médico para servirnos de dragoman, y uno de sus palafreneros árabes por guia.—Llegamos, al cabo de dos horas de camino, á un valle mas profundo, mas angosto y mas pintoresco que ninguno de cuantos habiamos ya recorrido. A derecha é izquierda se alzaban, como dos murallas perpendiculares, de tres á cuatrocientos piés de altura, dos cordilleras de montes, que parecian haber sido separadas recientemente una de otra por un martillazo del Hacedor de los mundos, ó acaso por el terremoto que sacudió el Líbano hasta en sus cimientos, cuando el Hijo del Hombre, entregando su alma á Dios, no léjos de aquellos mismos montes, eshaló aquel último suspiro que ahuyentó el espíritu de error, de opresion y de mentira, y esparció la verdad, la libertad y la vida sobre un mundo renovado.—Los gigantescos peñones, desprendidos de las dos laderas de las montañas, obrados como guijarros por la mano de los niños, en el cauce de un arroyo, formaban el cauce horrible, profundo, inmenso, erizado, de aquel torrente

en seco; algunas de aquellas piedras formaban molas mas elevadas y mas largas que altas casas. Unas estaban colocadas á plomo como cubos sólidos y eternos; otras, suspendidas sobre sus ángulos y sostenidas por la presion de otras peñas invisibles, parecia que estaban cayendo aún, y que rodaban siempre, y presentaban la imágen de una ruina en accion, de una caída incesante, de un caos de piedras, de una inagotable avalancha de peñascos:—peñascos de color fúnebre, gris, negros, jaspeados de fuego y de blanco, opacos:—olas petrificadas de un rio de granito; ni una gota de agua en los profundos intersticios de aquel cauce calcinado por el sol ardiente de la Siria;—ni una yerba, ni un tallo, ni una planta rastrera en aquel abismo ni en sus erizadas laderas; era aquello un tin oceano de piedras, una catarata de peñascos, á la que parecian prestar el movimiento de la fluidez, la diversidad de sus formas, la variedad de sus accidentes, la estrañeza de sus caídas, el juego de las sombras ó de la luz sobre su superficie. Si el Dante hubiera querido pintar en uno de los círculos de su infierno el infierno de las piedras, el infierno de la aridez, de la ruina, de la caída de las cosas, de la degradacion de los mundos, de la caducidad de las edades, esta es la escena que hubiera debido copiar simplemente:—esto es un rio de las últimas horas del mundo; cuando el fuego lo habrá consumido todo, y la tierra, abriendo sus

entrañas, no será mas que un mutilado monton de piedras calcinadas bajo las pisadas del terrible Juez que vendrá á visitarla.

Seguimos aquel valle de las lamentaciones por espacio de dos horas, sin que variase la escena mas que por los diversos circuitos que seguia el torrente entre las montañas, y por el modo mas ó menos terrible, como se agrupaban los peñascos en su pedregoso cauce. Jamas ese valle se borrará de mi imaginacion. Esta tierra ha debido ser la primera, la tierra de las poesías terribles y de las lamentaciones humanas; el patético y grandioso acento de las profecías se hace sentir aquí en su agreste, patética y grandiosa naturaleza. Todas las imágenes de la poesía bíblica están grabadas en letras mayúsculas en la arada frente del Líbano, y en sus valles, animados todavía, y en sus valles mudos y muertos. El espíritu divino, la inspiracion sobrehumana que derramó su aliento en las almas y en las arpas del poético pueblo, á quien Dios hablaba por símbolos é imágenes, heria así mas reciamente los ojos de los bardos sagrados desde su infancia, y los amamantaba con una leche mas sustanciosa que á nosotros, viejos y pálidos herederos de la arpa antigua; á nosotros, que no tenemos á la vista mas que una naturaleza graciosa, suave y cultivada, naturaleza civilizada y descolorida como nosotros.

A medio dia llegamos á las mas altas montañas

que teníamos que atravesar, y empezamos á bajar por los mas escarpados senderos, donde los piés de de nuestros caballos temblaban sobre las piedras movedizas que era lo único que nos separaba de los precipicios. Despues de una hora de bajada, vimos al revolver una colina, el palacio fantástico de Uptedin, cerca de Deir-el-Kamar. Prorumpimos en un grito de sorpresa y admiracion, y por un movimiento involuntario, paramos nuestros caballos para contemplar la escena nueva, pintoresca, oriental, que se abria ante nuestras atónitas miradas.

A pocos pasos de nosotros, una inmensa superficie de agua espumante salia de la esclusa de un molino, y caía, desde una altura de cincuenta á sesenta piés, sobre peñascos, que la quebrantaban en mil ramales; el ruido de aquella cascada y la frescura que esparcia en el aire, y que venia á humedecer nuestras abrasadas frentes, preparaba deliciosamente nuestros sentidos á la admiracion de que disfrutaban con encanto.—Encima de aquella cascada que se perdia en los abismos, cuyo fondo no podíamos ver, se abria en forma de embudo un espacioso y profundo valle, cultivado desde el pié hasta la cima, lleno de moreras, de viñas y de higueras, y cuyo suelo estaba todo alfombrado de la mas fresca y ligera verdura; varias lindas aldeas estaban suspendidas á manera de terrados en los declives de todas las montañas que rodeaban el

valle de Deir-el-Kammar.—Por un solo lado, el horizonte se entreabria y dejaba ver, por cima de las cumbres ménos elevadas del Líbano, el mar de Siria. ¡*Ecce mare magnum!*—dijo David, hé allí el gran mar azul con sus olas, y sus bramidos, y sus inmensos reptiles!—David estaba allí acaso, cuando lanzó esta poética exclamacion!—En efecto, se ve el mar de Egipto, teñido de un azul mas oscuro que el del cielo, y confundiéndose á lo léjos con el horizonte entre la vaporosa y morada bruma que vela todas las playas de esta parte del Asia. En el fondo de este inmenso valle, la colina de Dptedin, sobre la que se alza el palacio del emir, nacia y se elevaba como una inmensa torre, flanqueada de peñascos cubiertos de yedra, y dejando pender de sus hendeduras y de sus naturales almenas, penachos de verdura flotante. Aquella colina subia hasta el nivel del camino, verdadero precipicio en que estábamos nosotros suspendidos; un estrecho y rugiente abismo nos separaba de ella. En su cumbre, y á algunos pasos de nosotros, el palacio morisco del emir se estendia magistuosamente sobre toda la meseta de Dptedin, con sus torres cuadradas, horadadas con arcos diagonales almenados en su cima; las largas galerías, alzándose unas sobre otras, y presentando largas hileras de airosos y ligeros arcos, como los tallos de las palmeras que los coronaban con sus penachos aéreos; sus espaciosos patios descendian en inmen-

sos escalones, desde la cima de la montaña hasta los últimos muros de las fortificaciones; en la estrechidad del mas espacioso de aquellos patios, que veíamos á vista de pájaro, desde la altura en que estábamos colocados, la fachada irregular del palacio de las mugeres se presentaba á nosotros, adornado de ligeras y graciosas columnatas, cuyos troncos sutiles y de formas irregulares se alzaban hasta los tejados, y sostenian como un parasol los ligeros doseles de madera pintada que servian de pórtico á aquel palacio. Una escalera de mármol, decorada de balaustradas esculpidas formando arabescos, conducia de aquel pórtico á la puerta de aquel palacio de las mugeres; aquella puerta labrada, de madera de varios colores, encajada en mármol y coronada de inscripciones árabes, estaba rodeada de esclavos negros, magníficamente vestidos, armados de pistolas plateadas y de alfanges de Damasco, embutidos de oro y de cinceladuras; los espaciosos patios que hacian frente al palacio estaban llenos tambien de una muchedumbre de criados, de cortesanos, de sacerdotes, ó de soldados, con todos los variados y pintorescos trages que distinguen á las cinco poblaciones del Líbano:—El druso, el cristiano, el armenio, el griego, el maronita, el metualis.—Quinientos ó seiscientos caballos árabes estaban atados por la cabeza y los piés á unas cuerdas tendidas que atravesaban los patios, ensillados, con los frenos puestos, y cubiertos de

magníficas gualdrapas de todos colores; algunos grupos de camellos, unos tendidos, otros de pié, otros arrodillados para que los cargaran ó los descargaran; y en la azotea mas elevada del patio interior, varios jóvenes pages, corriendo á caballo unos tras de otros, se tiran el *dgerid*, se evitaban tendiéndose sobre sus caballos, volvian á todo escape sobre su adversario desarmado, y hacian, con una gracia y un vigor admirables, todas las evoluciones que exige aquel juego militar.

Despues de haber contemplado algunos instantes aquella escena oriental, tan nueva para nosotros, nos acercamos á la inmensa y maciza puerta del primer patio del palacio, guardada por árabes armados de fusiles, y de largas espadas semejantes á largas y flexibles cañas.—Allí hicimos llevar al príncipe las cartas que llevábamos para él. Pocos momentos despues nos envió su primer médico, M. Bertrand, nacido en Siria, de una familia francesa y que ha conservado la lengua y el recuerdo de su patria.—Condújonos á la habitacion que nos ofrecia el emir, y varios esclavos llevaron nuestra comitiva y nuestros equipages á otra ala del palacio. Consistia nuestra habitacion en un lindo patio decorado con pilastras arabescas, con una fuente en medio, que corría en un ancho pilon de mármol; al rededor de aquel patio, tres piezas y un divan, es decir, una pieza mas espaciosa que las otras, for-